

## Sobre la fusión de los mínimos psíquicos <sup>(1)</sup>

Esencia única ó varia de los elementos psíquicos y de los elementos físicos. — Opiniones de Mach, Avenarius, Taine, Spencer. — Dificultades del asunto. — Naturaleza del alma. — El problema de la fusión de los mínimos psíquicos. — Teorías de H. Spencer y de W. James; la fusión en la conciencia y la fusión en las vías nerviosas centripetas. Dos nuevas suposiciones verisímiles: la fusión en el medio físico externo ó en los órganos sensoriales. — Posible certeza de las cuatro suposiciones. — Imposibilidad de toda afirmación ó negación categórica.

¿Que si todos los *ínfimos* elementos psíquicos son ó no de idéntica naturaleza? ¿que si es igual en el fondo tal naturaleza, en el caso de ser una sola, á la de los *ínfimos* elementos físicos, en el supuesto, también, de que éstos sean todos de una misma naturaleza?

Bien puede ser afirmativa ó negativa ó mixta, ó aún ambigua, la apropiada respuesta requerida por esta pregunta que no me encuentro capacitado para formularla. Por otra parte, comprendo que cualquier aseveración categórica que se haga en uno ú otro sentido no dejará nunca de ser *a priori*, puesto que *a posteriori* nada puede afirmarse de hechos inverificables, á no ser la confesión de esta imposibilidad. Además, la conclusión á que se arrije dependerá en mucho del sentido más ó menos amplio en que se tome la palabra naturaleza. Como este término no significa otra cosa que conjunto de propiedades fundamentales, con reducir más ó menos razonadamente el número de éstas en las cosas que se estudian, considerando como secundarias las cualidades diversificadoras, es relativamente fácil á la postre, juzgar análogos los hechos que se presentan en la experiencia como distintos é irreducibles los unos á los otros. Así, por ejemplo, es indudable que existen notorias semejanzas entre los fenómenos psíquicos y los físicos; y si con ingenio suficiente se hace mucha luz sobre estas y un poco de sombra sobre los contrastes, no queda otra cosa, para probar la igualdad de ambas clases de hechos ó fenómenos, que desenvolver talentosamente una serie más ó menos larga de sutiles y á veces muy profundos razonamientos.

En fin, dejando á un lado suposiciones que no han alcanzado siquiera al grado de probabilidades, hay que reconocer diferencias

(1) Monografía presentada en el curso de Psicología del Dr. Carlos F. Melo.

entre hechos psíquicos y físicos, y también hay que establecerlas dentro del campo de cada una de estas dos clases de fenómenos.

Me parece que en la actualidad, erróneamente fundada en la teoría de la evolución, gana terreno una tendencia demasiado marcada á simplificarlo todo, á reducir todos los fenómenos, por más oposiciones que nos presenten, á semejanzas, á identidades. Y sin dejar de reconocer — afirmándolo por el contrario — que tal tendencia responde á un fin plausible, el de encontrar por todas partes manifestaciones de la unidad universal, la creo mal encaminada.

Así como los muy contrarios á los paladines de esta tendencia tienden á apartar demasiado unos de otros los fenómenos, por la preferente atención que á percibir sus diferencias dedican, así existe entre los que la siguen un prurito ó una disponibilidad adecuada para ver solo las semejanzas, olvidándose las diferencias. Y así, de razonamiento en razonamiento, llegan algunos á la identidad absoluta (1).

Se olvidan de que unidad é igualdad no significan una misma cosa, de que la Naturaleza es demasiado inmensa como para que no pueda ser una y varia á un tiempo mismo, como para que no pueda presentar en armonía infinita los más irreconciliables contrastes.



¿El alma es una *substancia*? — Si por *substancia* se entiende un algo eternamente persistente, inmodificable, sin límites finitos, siempre idéntico á sí mismo, en distintos momentos, en desiguales circunstancias, entonces, ó el alma no es una *substancia* ó nosotros estamos incapacitados para *conocer* tal alma. Si el alma no es el conjunto de los fenómenos mentales, si en lugar de ser esto es algo así como un *substráctum* ó un fondo persistente sobre el que, ó en el que, esos fenómenos se originan y desenvuelven, siendo debida la unidad de ellos únicamente al tal *substráctum* ó fondo, entonces no es cuestión del conocimiento el afirmar su existencia porque el conocimiento solo puede basar sus conclusiones en hechos percibidos y ese *substráctum*, esa *substancia* ilimitada, persistente, idénticamente la misma en todo tiempo y circunstancia, que no es el conjunto de los estados mentales, ni menos ninguno de estos en particular, que tiene por única relación con ellos la de ser su causa ó fondo común; tal *substráctum*, pues si es una realidad, no es — ni podrá serlo nunca — una realidad percibida, un hecho de conocimiento. En el terreno de éste la afirmación de su existencia como *substancia* ó *substráctum*, no puede ser considerada de otra manera que como una ilusión.

---

(1) Otros hay, por otra parte, y no de poco ni mediano talento, que siguiendo caminos solo en apariencia distintos á los que aludimos, llegan hasta reputar como superpuestos y accidentales en la vida humana, fenómenos sin los cuales sería imposible esa vida, y que son por eso, y por lo menos, tan esenciales y necesarios en ella, como los que dichos autores consideran exclusivamente tales. Así M. Th. Ribot, con su teoría de la conciencia.



de asimilar los fenómenos psíquicos á los físicos é inversamente, agrega que en el caso de encontrarse obligado á elegir entre la alternativa de traducir los fenómenos mentales en físicos ó de traducir los físicos en mentales, la última hipótesis le parecería la más aceptable de las dos.

Volviendo á nuestro tema, ¿Es posible encontrar en los estados de conciencia componentes elementales que sean, con respecto á ellos, lo que serían los electrones relativamente á los hasta hoy llamados cuerpos simples?

Para empezar, sabemos que todos los estados psíquicos, por superiores y complicados que sean, han sido reducidos á las sensaciones y á los sentimientos simples. Nada hay en la conciencia — se afirma — que no sea por asociaciones, fusiones, combinaciones, descomposiciones y recomposiciones, transformaciones, selecciones, etc., de las sensaciones y sentimientos primitivos. También estos últimos son asimilados por algunos á las sensaciones. La diferencia estaría en su mayor ó menor difusión ó en su más ó menos segura localización y nada más.

Pero llegados aquí nos encontramos con que todavía hay muchas clases de sensaciones (visuales, auditivas, olfativas, gustativas, táctiles, térmicas, kinestésicas, cenestésicas, etc.), en apariencia — por lo menos — desemejantes por naturaleza, irreducibles las unas á las otras. Y entonces la pregunta surge: ¿serán ó no serán, esas diversas sensaciones, integraciones distintas de idénticos elementos? El problema es escabroso y las hipótesis divergen. Para opinar sin sentirse impotentes hay que tener como fuerzas hérculeas en el pensamiento. El asunto parece hecho para los maestros; requiere demasiado talento y demasiada experiencia, para que yo me atreva á terciar en él siquiera sea con el solo objeto de decidirme por una ú otra de las teorías emitidas. Ha de ser sin duda, porque mis pocos conocimientos me impiden comprenderlas; pero yo veo á las pocas que conozco tan inseguras, tan necesitadas de artificio para sostenerse que solo por gastar palabras podría abogar por ésta ó aquélla. Ni Spencer, ni Taine, ni James, ni Mach, á pesar del respeto con que los he leído, han logrado convencerme. Por eso me permito eludir el tema que mi profesor me señaló para este examen y escribir en cambio algunas observaciones que me ha sugerido la teoría que M. Theodore Ribot ha emitido relativamente á los estados afectivos y la memoria y los argumentos que para apoyarla aduce en sus libros *La psicología de los sentimientos* y *«Las enfermedades de la memoria»*.

Pero antes, ya que presento las páginas anteriores, quiero decir algo — á trueque de abusar de su paciencia — respecto á la cuestión parcial dentro de este problema, suscitada por Williams James en contra de H. Spencer, sobre si las sensaciones aparentemente simples lo son ó no en realidad ó si solo son fusiones ó complejos de elementos psíquicos más sencillos, elementos que corresponderían uno á uno á cada componente elemental del proceso físico externo.

El asunto está planteado, más ó menos, en esta forma: cuando ponemos en vibración un diapasón ó cuando hacemos girar la rueda de Savart con poca velocidad, entonces tenemos para cada golpe una sensación correspondiente; para cada hecho físico, un hecho psíquico. Pero si aumentamos la rapidez de los golpes la distinción conciente entre uno y otro se hará cada vez más difícil, hasta que cuando la velocidad sobrepasa á la de 16 golpes por segundo es imposible toda discriminación y los sucesivos golpes físicos se perciben como un solo sonido. A una serie sucesiva de hechos físicos corresponde en la conciencia un solo hecho psíquico; por lo menos, así es en apariencia.

Ahora bien, ese sonido en apariencia simple, ¿lo es en realidad ó equivale á una fusión de hechos psíquicos más sencillos, correspondientes uno á uno á cada hecho físico externo, á cada choque de los habidos en el diapasón ó en la rueda de Savart?

H. Spencer cree esto último, que tal sensación de sonido es una fusión de sensaciones sucesivas más elementales, suscitadas una á una por cada uno de los golpes físicos producidos en el exterior. Si hay 16 vibraciones físicas por segundo, habrá 16 vibraciones psíquicas por segundo. A cada choque físico uno psíquico.

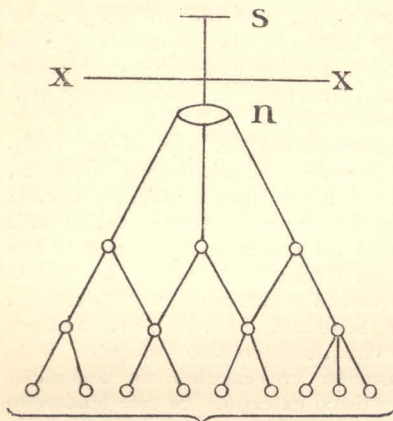
En otras palabras, á cada sensación corresponde un fenómeno orgánico nervioso y un fenómeno físico externo. Si este fenómeno físico externo es complejo, el fenómeno nervioso y la sensación deben serlo también. Si en la rueda de Savart los golpes se suceden con una velocidad de cien por segundo, en el sistema nervioso sucederá otro tanto con sus corrientes, ondas ó vibraciones y otro en el campo mental. ¿Y cómo es, entonces, que el sonido resultante lo percibimos como uno solo? Sencillamente porque los fenómenos psíquicos elementales se fusionan en la conciencia.

¿Tiene razón Spencer? Quién sabe... James afirma que no y sostiene que la fusión se hace en el trayecto de las fibras nerviosas. Oigámoslo: «Haciendo aumentar numéricamente la causa, no es necesario que aumente numéricamente el efecto en modo igual»... «Dirigid sucesivamente una serie de estímulos eléctricos sobre el músculo gástrico de una rana: tendréis una serie de contracciones. Aumentando el número de las descargas eléctricas no aumentará el número de las contracciones; en cambio, estas disminuirán, y se tendrá en el músculo ese estado de postración aparentemente estacionario, llamado tétano muscular.

«Este último hecho es análogo á lo que debe suceder entre las células nerviosas y las fibras sensoriales. Es cierto que las células son más inertes que las fibras, y que las rápidas vibraciones de éstas pueden despertar en las primeras estados ó procesos relativamente simples. Las células superiores pueden hasta tener una frecuencia de descarga menor que las células inferiores y así las 20.000 (él supone 20.000 descargas por segundo en el medio físico externo) descargas en el aire externo que hemos soportado, pueden integrarse en la corteza en un número penúltimo de descargas celulares por cada segundo. El diagrama que sigue muestra bien el contraste de nuestra suposición



« con el concepto spenceriano. Según este diagrama toda la « intención » se produce bajo la zona de la conciencia. La frecuencia de los fenómenos celulares se reduce cada vez más... y, en fin, llega al estado de cosas simbolizado en nuestra figura por « la elipse *n*, la X cual puede representar algún proceso más bien



« grosero y lento de tensión y « de descarga en los centros « corticales, al cual proceso, « *tomado en su totalidad*, co- « rrespondería simple y total- « mente la sensación del tono « musical, simbolizada por la « línea de lo alto de la figu- « ra (S).

« Es como si una larga fila « de hombres partieran uno « después de otro para encon- « trarse en un cierto punto. El « camino, al principio es bueno « y ellos conservan la distancia « original; pero después en- « cuentran cenagales, pantanos « siempre peores, á tal punto

« que el hombre que marcha á la cabeza de todos se ve obligado á « acortar el propio paso, siendo así alcanzado por los otros que le « seguían detrás; de tal manera que acaban de llegar á la meta « todos juntos.

« No habría, pues, unidades psíquicas (units of mind stuff) no « percibidas que precederían y compondrían á la conciencia total: « sino que esta última, sería un hecho psíquico inmediato, en rela- « ción inmediata con el estado nervioso que es su incondicionado « concomitante ».

Para afirmar esto, W. James se basa, así lo dice, en argumentos sacados los unos del mundo físico (« analogía física »), los otros de su razonamiento (« interpretación lógica »).

¿Tiene razón James? En parte la tiene en lo que dice, pero en lo que se refiere á la estricta refutación á Spencer puede ó no tenerla..., todo es cuestión de suposiciones.

Está, en verdad, en lo cierto Mr. W. James cuando tomando analogías del mundo físico pone ejemplos y dice que: « haciendo aumentar numéricamente la causa no es necesario que aumente numéricamente el efecto en manera igual ». (De aquí es de donde induce que aumentando numéricamente los golpes físicos en el ya nombrado ejemplo de Mr. Spencer no es necesario que aumenten en manera igual numéricamente los elementos psíquicos).

De entre las analogías que cita el gran psicólogo norteamericano la más clara es la del caso del tétano muscular que hemos transcrito. A nosotros se nos ocurre un experimento que acaso sea más adoptable para la comparación con los hechos que se discuten (relación numérica entre los fenómenos físicos antecedentes y los

psíquicos consecuentes). Si tomamos 10 cubitos huecos, los soldamos uno á otro externamente, los llenamos de alcohol y les acercamos un fósforo, no tendremos 10 llamas sino una sola. Si todavía les agregamos 2 ó 5 ó mil cubitos más, el alcohol de estos últimos cubitos arderá también pero el número de las llamas no aumentará por eso. El aumento numérico de las causas no implica, pues, un igual aumento en los efectos. Cosa semejante podría pasar con lo que á las sensaciones se refiere. Muchos hechos físicos apropiadamente dispuestos solo podrían producir un único hecho psíquico; semejante á lo que pasaba con los cubitos de mi grosero ejemplo que no originaban más de una sola llama. Hasta puede ser factible el caso inverso, esto es, el de que un solo hecho físico motive en la conciencia más de uno psíquico (no hay pruebas en contrario); así como un solo recipiente lleno de alcohol produce varias llamas si se tiene el cuidado, antes de encenderlo, de colocarle una tapa agujereada de trecho en trecho y á distancias convenientes.

Volviendo al tema: Las analogías presentadas por W. James, ¿prueban que no tiene razón H. Spencer? prueban que debe suceder cosa análoga á lo que sucede en ellas en el campo psíquico? No señor. Lo único que demostrarían, sin mayores seguridades, es que *es posible* que las cosas pasen como James quiere. Pero lo posible y lo real no se equivalen. También *es posible* y acaso más *probable* que los hechos sucedan como lo sostiene Spencer. ¿Quién está con la realidad? Puede estarlo el uno como el otro. No hay nada seguro. Tal vez lo estén los dos. Acaso se produzca á veces lo que dice Spencer y á veces lo que afirma James. ¿En qué quedamos? ¿En que la fusión de los elementos que dan origen á esa sensación simple en apariencia se produce como lo asegura Spencer, en el sistema nervioso como lo declara James, ó en el exterior como ha de querer demostrarlo algún otro?

Es conveniente dividir la cuestión en dos partes para no exponerse á confusiones: 1º Cuando la serie de hechos físicos es sucesiva; 2º, Cuando es simultánea.

Al 1º caso pertenece el ejemplo del sonido (El primer grabado de James, (fig. 29) <sup>(1)</sup> condice mejor con los hechos simultáneos). Cuando la rueda de Savart gira con una velocidad tal que los golpes de sus dientes son más de 16 por segundo (20.000 por ejemplo) tenemos en la conciencia una sensación única. ¿Dónde se origina la transformación de los 20.000 en 1?

¿En la conciencia? Bien puede ser posible. En efecto, sabemos que las sensaciones no deben ser consideradas como puntos matemáticos — tienen su duración — esta duración no corresponde á la del estímulo — puede ser más larga en muchos casos: retirado el estímulo la sensación persiste. Y en el ejemplo del sonido — aceptando á Spencer — ¿por qué no puede suceder que cuando aparezca en la conciencia la sensación correspondiente al 2º golpe persista aún la

(1) Pág. 127 de la 2ª edición italiana.



del primero, que cuando arribe la del tercero dure todavía la del segundo, y así sucesivamente? Y si esto sucede, ¿la fusión de las *sensaciones* sucesivas en un todo continuo, sería replicable? Nos parece que no. Otros ejemplos podrían traerse, v. gr., el del trozo de carbón encendido que gira en círculo velozmente, etc. Quedamos entonces en que no es del todo imposible la posibilidad de que la fusión se haga en la conciencia, por medio de la persistencia de las sensaciones.

¿La fusión puede producirse en el sistema nervioso y en la forma que W. James lo quiere? (según el párrafo y el grabado transcripto más arriba). Acaso pueda realizarse así; pero me parece que sostener esta tesis, y sostenerla exclusivamente, es colocarse en el peor de los terrenos. Por otra parte, debo agregar que la analogía de la serie de hombres que salen uno después de otro, según James, para llegar todos juntos, puede decir en su contra. Por más juntos que lleguen los hombres, jamás podrán llegar como uno; siempre — apiñados ó no — serán muchos, serán todos los que han salido... siempre que no mueran ó se retiren algunos en el camino... lo que no equivaldría á la fusión de varios en uno.

¿La fusión se realiza en el medio físico externo? Bien puede suceder así. Por más que en la rueda de Savart ó en el aparato que se emplee, haya intermitencias entre golpe y golpe, eso no quiere decir que haya intermitencias entre las vibraciones que uno y otro determinan en el aire (vibraciones que son las que transmiten el sonido). Después que el 1<sup>er</sup> golpe ha cesado, puede muy bien suceder que su efecto físico producido en el aire (vibraciones, resonancia) persiste todavía cuando se produzca el segundo golpe, y lo mismo puede decirse de éste con respecto al tercero y así al infinito. Si esto se verifica ¿qué de extraño tendría que la fusión de los elementos que van á originar la sensación se produjera en el medio exterior? Puede no haber solución de continuidad entre las vibraciones aéreas determinadas por los golpes sucesivos é intermitentes. Estas vibraciones ó resonancias no deben ser puntos matemáticos. No es ineludiblemente necesario que la duración de la vibración física (que no solo puede estar en el aire sino hasta en el mismo diente golpeado) sea idéntica á la del golpe. Es muy posible que sea mayor.

Caben aún otras suposiciones respecto al lugar donde dicha fusión ó asociación se propuce (caja timpánica, centro auditivo, etcétera).

Y conjeturas análogas á las aquí hechas podrían hacerse, me parece, en lo que toca á las sensaciones de otros sentidos.

2º CASO. — *Cuando los hechos físicos se presentan en serie simultánea*; ej.: el timbre. (En este segundo caso cabe mejor mi grosera comparación de las vasijas de aguardiente).

Aquí el asunto es más escabroso. La teoría de Spencer se hace más difícil de aceptar sin que por eso se abra mejor camino la del ingenioso psicólogo yanqui. En cuanto á la de la fusión en el exterior que me he permitido intercalar, hay casos en que es ó parece imposible de sostener. Las pruebas en pro de una ú otra

de estas opiniones abundan como las moscas blancas del modismo popular.

En lo que se refiere al timbre, me inclino á creer que la fusión se verifica en el exterior por asociación ó combinación de las vibraciones aéreas correspondientes á los distintos *choques* ó *descargas* físicas simultáneas. Sin embargo, podría también sostenerse (y no hay pruebas en contra) que la fusión se hace en la caja timpánica; podría aceptarse, en pro de James, que se verifica á través de las fibras y células nerviosas; podría suponerse que se produce en el centro auditivo; podría, por último, admitirse con Spencer, que se realiza en el campo de la conciencia. ¡Todo es aceptable y todo inaceptable! Abogar por H ó por B, es cuestión de razonar acrobáticamente.

—En el caso de la luz blanca, constituida como se sabe por la combinación, ó fusión de los colores del espectro, cabe también considerar en qué sitio se opera la transformación en virtud de la cual los 7 colores espectrales son vistos como un color único, son percibidos por la conciencia como una sola y simple sensación, la sensación de blanco. Me inclino á suponer que la fusión se realiza en el exterior, que tal sensación simple de blanco es fruto de una adecuada combinación ó sistematización física de las ondas correspondientes á los varios colores del espectro. No se si hablo con claridad. En otras palabras que en el dominio de las sensaciones luminosas, debe pasar otro tanto en el de las de los otros sentidos (gustativas, olfativas, etc.) Cuando mezclamos ó combinamos café y sen por ejemplo, tenemos, si probamos la mezcla, una sensación que no es la que corresponde al café ni tampoco la que aislado produce el sen, sino una sensación nueva, distinta de ambas. La fusión correspondiente á esta sensación no es psíquica sino física y es, además, extensa al organismo; no son los sabores ó los olores los que se combinan ó mezclan sino las sustancias que aisladas los hubieran originado.

Proceso parecido debe producirse en las sensaciones visuales. En el caso del espectro no son los 7 colores, las 7 sensaciones vivas que les corresponden, los que se fusionan sino los fenómenos físicos que hubieran correspondido en el exterior á esos siete colores en caso de que se presentaran separados en la conciencia.

Si la fusión se verificara en la conciencia, entonces debiera presentarse el caso de que un individuo incapacitado para percibir cualquier color del espectro, debía estarlo igualmente para percibir el blanco. Este es, á mi manera de ver, argumento decisivo. En efecto, no sería posible que se presentara en la conciencia el total estándole negada la entrada á uno de sus componentes. El mismo razonamiento en contra de la teoría que sostiene que la fusión se produce en el trayecto de las vías nerviosas (según grabado é interpretación James) y también para la suposición de que podría realizarse en los centros ópticos.

Cabe todavía suponer que la fusión se realiza en la retina. No conozco los argumentos de esta interpretación — si es que existe —



pero yo me inclino á creer que la fusión es externa. Si no fuera así, resulta difícil de explicar la descomposición y recomposición, por los prismas, de la luz blanca.



En el ejemplo tomado por James de Helmholtz, el problema se hace más oscuro: «Helmholtz ha demostrado que si caen sobre la retina simultáneamente una luz roja y una luz verde tendremos una impresión de amarillo». Con esto parece ya insostenible la posibilidad de una fusión física externa porque el caso ha de ser seguramente así: lo que yo veo simultáneamente como rojo y como verde, un cierto sujeto, dispuesto en condiciones convenientes, lo ve como amarillo. Tal visión es, entonces, subjetiva (?), depende del individuo que la experimenta y nada más. Pero si la fusión debe verificarse en el organismo, ¿en qué parte de él se realiza? ¿en la conciencia? ¿en el trayecto nervioso? ¿en los centros ópticos? Lo más aceptable, á mi juicio, es que se produce en la retina.

Sin embargo, todavía aquí, puede tentarse una explicación en pro de la fusión en el medio físico externo. En efecto, y vuelvo á repetir, el caso es el siguiente: son dos luces, una roja y otra verde; yo las veo como tales (como 2) mientras que una cierta persona, puesta en circunstancias adecuadas, la ve como una sola (amarilla). Ahora bien, ambas luces deben dirigir sus rayos en todos sentidos. ¿No podría suceder que parte de las ondas de ambas que salen en una cierta dirección se mezclen, se combinen, fusionen, choquen ó intercepten en un punto cualquiera de su trayecto para originar en ese punto el fenómeno físico correspondiente á la sensación de amarillo? ¿No podría también suceder que la persona en cuestión estuviera colocada de tal manera que le fuera imposible percibir otras ondas que esas, que saliendo en una cierta dirección, se compenetraran ó fusionan en modo especial en el trayecto? Las otras, las que partiendo en todas las demás direcciones, no se fusionaran ó interceptaran en tal forma, esas serían las que, en mi retina y en las de los demás observadores (que no estuvieran en el caso del sujeto de experiencia), originarían las impresiones de rojo y de verde.

—En cuanto á la primera interpretación lógica hecha por Mr. W. James á la teoría spenceriana, debo confesar que la creo injusta. Dice James: «Si toda descarga nerviosa diera origen á un movimiento «psíquico suyo propio, y, despues los movimientos psíquicos se combinaran, no se comprendería nunca cómo aislando una parte del «sistema nervioso del resto, debieran romperse la integridad de la «conciencia. El corte no tiene nada que hacer con el mundo psíquico: los mínimos psíquicos debieran desenvolverse indiferentemente «de las partes separadas, ultrapasar el tajo y fundirse juntos como «si nada hubiera sucedido. Pero sabemos que esto no se verifica, «y que en un hombre la interrupción, por ej., de las vías de conducción entre el centro óptico ó el centro auditivo de la izquierda

«y el resto de la corteza interrumpe toda comunicación entre las palabras que oye ó que ve escritas, y sus demás ideas».

¿Hay algo en la doctrina de H. Spencer que envuelva, que dé lugar, sea siquiera estrechísimo, á la suposición de que los mínimos psíquicos deban llegar á la conciencia aún cuando estén interrumpidas las vías nerviosas? No. A veces también el gran James llega al error á fuerza de sutilezas.

De lo anteriormente expuesto se desprende que, sin atreverme á formular ninguna afirmación categórica, me inclino hacia la hipótesis que insinúo de la fusión externa en la cual pueden caer estos dos casos: que la fusión se realiza en el medio físico externo ó que se verifique en el órgano sensorial.

En fin, quién sabe cual será la verdad, tal vez nos lo digan nuevas investigaciones, tal vez estén en ella todas las teorías mencionadas, las unas en ciertos casos, las otras en los demás. Entre tanto, el que no quiera aventurarse en terreno frágil no le queda otra opinión disponible que la del modesto ó prudente *nihil scitur*.

Para terminar agregaré todavía otra frase: los asuntos y problemas de la ciencia se me aparecen como formando un árbol colosal cuyas raíces estuvieran arraigadas en el fondo de abismos insondables y cuyas ramas superiores traspasaran los espacios conocidos. Solo nos es asequible una pequeña parte del árbol: el tronco y un poco más; á lo demás, á las raíces y á sus brotes más altos no llegamos con la ciencia. (1) Abajo la obscuridad es sobradamente espesa para que pueda agujonearla nuestra vista, solo á tropezones podemos andar; arriba la luz es demasiado intensa para que la pueda resistir nuestra retina, solo podemos sentirla á través de los párpados. La imaginación y el sentimiento hacen de las suyas; y por más que estos tengan la grandiosidad de lo misterioso, no tienen la seguridad de la certeza.

Bueno, pues, la cuestión de los mínimos psíquicos es de las del abismo.

MARCOS M. BLANCO.